

Tal fué el último y obstinado combate que el gentilismo presentó á la Iglesia, y tal el triunfo de ésta al fin del tercer siglo y principio del cuarto, en el que habia de reportar muy pronto otra victoria que la guiaba á su exaltacion y al imperio del mundo, mediante la paz de Constantino.



SUMARIO DEL CAPITULO SEPTIMO.

Abdicen Diocleciano y Maximiano separadamente el imperio y Galerio se apodera de él, y continúa la persecucion de la Iglesia. Constancio Cloro, César del imperio, gobierna las Galias y se muestra favorable á los cristianos. Tiene de Helena á Constantino el Grande, que á la sazón de la abdicacion de los emperadores contaba diez y ocho años de edad. Muerto Constancio Cloro, las legiones dan la púrpura á Constantino. Muere Galerio en Sárdica, Maximino se apodera del Oriente y persigue á los cristianos. Maxencio y Maximino hacen la guerra á Constantino: ve éste en el aire la señal de la cruz, y el Señor le promete que bajo este signo sagrado vencerá: pone el signo de la cruz en el estandarte que lleva su ejército y que es llamado Lábaro, y confiando en el socorro divino presenta á Maxencio una batalla decisiva, y la gana. Unese con Licinio, tambien emperador, y ambos publican un edicto solemne en que conceden la paz y libertad á la Iglesia, terminando la persecucion, que habia durado siete años. Desuviènense Constantino y Licinio, y éste es vencido, quedando Constantino dueño único y absoluto del imperio.

Constantino otorga indemnizaciones á las iglesias y privilegios á los clérigos: cede al Papa el palacio de Le-

tran y edifica una basílica: prohíbe el suplicio de la cruz: la idolatría queda proscrita.

Ocupan el sòlio pontificio sucesivamente los Santos Papas Melquiades y Silvestre, y establecen y arreglan varios puntos de disciplina en la Iglesia. Arrio ambiciona las dignidades de la Iglesia, y resentido de no haber obtenido el obispado, cae en heregía y la difunde, haciéndose de muchos secuaces. La Iglesia le condena en el concilio Niceno. Constantino, despues de haber vencido en dos batallas à Licinio y condenádole à muerte, edifica una gran ciudad en el sitio en que habia existido la antigua Bizancio, y la apellida Constantinopla, haciéndola la silla del imperio. Es hallada la santa cruz en que murió nuestro Redentor. San Atanasio, obispo, es perseguido de los arrianos y sufre el destierro. À San Pablo, primer ermitaño, y à San Antonio Abad debe la Iglesia el instituto de la vida solitaria y de la cenobítica, que continúan y fomentan San Hilarion, San Pacomio y otros grandes santos del yermo, poblándose de solitarios y de monasterios los vastos desiertos de la Libia, el Egipto y la Palestina.

Muere Constantino, dejando su imperio repartido entre sus tres hijos. Succede à San Silvestre San Márcos, y à este Julio I, à quien sigue Liberio el año 342. Juliano el Apóstata sube al trono imperial y persigue à los cristianos. Dámaso es elegido Papa. Teodosio el Grande sube al trono imperial; à su muerte se divide el imperio entre sus dos hijos. Iluminan à la Iglesia con sus escritos y la edifican con la santidad de su vida los santos padres y doctores San Ambrosio, San Agustín, San Gerónimo, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo y otros.

Los bárbaros continúan su invasion, y Alarico sitia a Roma y se apodera de ella.

El heresiarca Nestorio difunde sus errores, y es condenado en el concilio de Roma. Leon el Grande sube al trono de San Pedro. Eutiques cae en heregía y es condenado en el concilio de Calcedonia. Gensérico se apodera de Cartago, invade la Sicilia, sitia à Roma y la saquea.

Suscítanse disensiones entre la Santa Sede y el patriarca de Constantinopla. Los Papas Juan I y Agapito I van à Constantinopla. El Papa Silverio sufre las violencias de la emperatriz Teodora y del general Belisario, que lo reduce à prision y lo destierra. Celébrase en Constantinopla el quinto concilio ecuménico el año 553 de Cristo. Succeden al Papa Liberio, Vigilio, Pelagio, Juan III, Pelagio II; y à este, Gregorio el Grande, que antes habia sido nuncio apostólico en Constantinopla.

CAPITULO SEPTIMO.

Desde la paz dada à la Iglesia por el emperador Constantino, hasta el pontificado de San Gregorio Magno à principios del siglo séptimo.

P. ¿Qué extraño acontecimiento sorprendió al mundo político por este tiempo?

R. La abdicacion de la púrpura imperial que hicieron separadamente Diocleciano en Roma, y Maximiano en Milan, cediendo el imperio el primero à Galerio, y el segundo à Constancio Cloro. Diocleciano se vió comprometido à hacerlo así por el mismo Galerio, que le obligó à ello con persuasiones y amenazas. Maximiano mas adelante se apoderó otra vez del poder supremo.

P. ¿Qué obró esta mudanza de emperadores en favor de los cristianos?

R. De parte de Galerio continuó la persecucion con el mismo furor; pero Constancio Cloro se abstuvo de perseguirlos, y aun se inclinó à favorecerlos en la parte occi-

dental del imperio en que mandaba, si bien tuvo la desgracia de no llegar él mismo á hacerse cristiano.

P. ¿Qué anunciaba esta piedad de Constancio en favor de los cristianos, cuando todos los demas emperadores y césares se encruelcian contra ellos?

R. Era como el crepúsculo de la paz y el órden que iba á venir al mundo y á la Iglesia por medio de Constantino el Grande, hijo de este Constancio y de la emperatriz Helena.

P. ¿Cuál habia sido la carrera de Constantino con que se habia dado á conocer al mundo?

R. La de las armas, en la que se habia ganado el amor de los soldados, por su mucho valor, su buen corazon, limpia y generosa conducta, y otras prendas recomendables, entre las que era una de las de mas atractivo su bella presencia: era alto y bien formado; su fisonomía y sus modales de un hombre de guerra; pero de un trato afable y franco que lo hacian apto para la amistad y el trato de la corte. Los ejercicios de la guerra lo habian robustecido y hecho infatigable, su rostro era hermoso y regular. Habia servido en los ejércitos de Diocleciano, y sus primeros hechos de armas fueron en Egipto y en Persia. Galerio, por efecto de zelo ó por ódio que habia concebido contra él, le procuró varias veces la muerte, exponiéndolo á diversos peligros; pero Constantino salió sano y salvo de todos ellos por providencia de Dios. Al fin tuvo que huir para evitar nuevas tentativas de aquel cruel emperador, y fué á reunirse con su padre en Bolonia. Muerto Constancio Cloro, las legiones dieron la púrpura imperial á Constantino.

P. ¿Qué fin tuvieron Diocleciano y Maximiano?

R. El primero sobrevivió nueve años á su abdicacion, y murió, segun creen unos, del pesar y la tristeza que le devoraba; segun otros, tomó un veneno al verse confundido por los dos nuevos emperadores: el segundo, despues de varias vicisitudes, fué preso y condenado á muerte por haber conspirado contra Constantino. Así castigó Dios á estos insignes perseguidores de su Iglesia. Galerio murió tambien consumido de una enfermedad asquerosa.

P. ¿Qué nuevos enemigos conspiraron contra Constantino despues de la muerte de los viejos emperadores?

R. Magencio y Maximino, que reunieron contra él un ejército poderoso y aun obtuvieron á los principios algunas ventajas; mas no por esto desmayó Constantino, antes marchó hácia Roma con todas sus fuerzas y con un nuevo aliento que le inspiró haber visto en el cielo la señal de la cruz.

P. ¿Cómo conoció Constantino que este signo le era favorable?

R. Dios le reveló que con aquella señal sacrosanta alcanzaria una completa victoria de sus poderosos enemigos. En efecto, Constantino hizo labrar un estandarte arreglado á la señal que habia visto: era de rica tela, bordado de oro y guarnecido de pedrería. En el centro tenia la señal de la cruz con el alpha y omega de los griegos, que significa ser Cristo el principio y el fin: por timbre, en lo alto de la asta, tenia el nombre de Cristo cifrado en dos letras griegas. Constantino hizo llevar este estandarte á la cabeza del ejército, y apoyado en el socorro divino presentó una batalla decisiva á Magencio, y se la ganó completamente, perdiendo Magencio en ella el imperio y la vida.

P. ¿Qué efecto causó esta victoria en la capital del imperio?

R. Movida de un impulso desconocido, Roma abrió las puertas á Constantino, y el senado y el pueblo le recibieron como á un libertador. Los ancianos, las mugeres y los niños mismos salian precipitadamente á su encuentro, con gritos de alegría. El senado le erigió un arco triunfal y una estatua, y Constantino quiso que en la mano de ésta se pusiese una cruz en vez de lanza, con esta inscripcion: "*Por este signo he librado la ciudad del yugo de los tiranos.*"

P. ¿Cómo dió á conocer al mundo el emperador Constantino su conversion al cristianismo?

R. Por un edicto solemne que en consorcio de Licinio promulgó por todo el imperio en favor de los cristianos, dándoles la paz y la libertad de su sagrado culto. En él mandó ademas se les restituyesen los edificios que les habian servido de iglesias, con todos los bienes que á estas habian pertenecido.

P. ¿A qué reflexiones da lugar este cambio repentino en favor de la Iglesia, perseguida tan cruelmente en todas partes y por tan dilatados años?

R. Esta feliz revolucion no era la obra de un hombre: es verdad que este fué el instrumento; pero la mano poderosa de Dios era la que le abria los caminos y le allanaba las dificultades: la mocion de su espíritu era la que docilitaba los corazones aun de los paganos para que coadyuvasen al logro de una empresa que era toda de Dios. Este Ser Omnipotente ostentó entonces la soberanía con que domina al hombre, sea fiel ó infiel, sea amigo ó enemigo, y le hace servir á sus fines, sin que pueda resistir al

impulso que le mueve. Un Licinio, emperador, con igual poder al de Constantino, é idólatra, sirve no obstante al espíritu soberano que le domina, y firma en consorcio de Constantino la paz y libertad de la Iglesia. Un senado compuesto de hombres que no han abandonado el paganismo, un pueblo por la mayor parte gentil, sirven al mismo espíritu, reciben con aplauso al libertador, le alzan un trofeo y una estatua, y consienten en que esta tenga en su diestra la cruz del Redentor, á cuyos siervos acaban de perseguir: aun humea la sangre de estos, y ya son recibidos como hermanos; ¿mas qué decimos como hermanos? como señores de un imperio y de un mundo que con trémula mano les entrega el gentilismo. El mismo Constantino, aunque convertido al cristianismo, conservándose no obstante en la clase de catecúmeno hasta pocos dias antes de su muerte en que recibe el bautismo, sirve á este espíritu dominador, desempeñando obras para las que no era, á la verdad, el mas apto, por ser estas muy religiosas y piadosas; y mas adelante deja espontáneamente no solo el palacio laterano, sino la capital toda del imperio al pontífice romano, y edifica otra capital para aquel imperio, hijo ya de esta Iglesia. ¿Qué es esto, sino ser Dios, y no el hombre, el autor de este cambio inesperado?

El estado mismo de la Iglesia en esta época, ¿qué descubre sino esta obra soberana de Dios, cuando despues de tan larga, sangrienta y devastadora persecucion, al anuncio primero de la paz se encuentra tan crecida y tan robusta, que puede bien decirse, que apareció todo el mundo cristiano?

La situacion del gentilismo, ¿qué otra cosa predica mas que esta verdad innegable, cuando sostenido con todo el

poder de los emperadores y los reyes, y tan arraigado antes en los corazones de los hombres carnales, se encuentra á la sazón de esta mudanza, tan debilitado y tan minado por sus mismos cimientos, que por todas partes se desploma y cae con gran ruina?

Una verdad tan luminosa no necesitaba mas pruebas que las que por sí mismo diera el hecho; pero á mayor abundamiento tiene las que da el verificativo de las antiguas y célebres profecías de David, de Isaías, de Daniel y de casi todos los profetas, que anunciaron la exaltación de la Iglesia, su libertad y su engrandecimiento. Es verdad que en sus tres primeros siglos experimentó la oposición del gentilismo que la anegó en un río de sangre: también es cierto que de entre ella misma salieron hombres perversos que difundieron el error con que el infierno intentó envolver en tinieblas su institución divina; pero una y otra plaga fueron permitidas por Dios para que más resplandeciese su obra, al ver el mundo todo en la dilatada serie de los siglos que ni el poder de los hombres, ni el del infierno mismo eran capaces de destruirla en la robustez de su edad, ni aun de sufocarla en la pequeñez y debilidad de su infancia.

Con esta mira la alta providencia del Señor había dispuesto que sus profetas, especialmente Daniel en el Antiguo Testamento, y Juan Evangelista en el Nuevo, predijesen el aborto infernal de estos monstruos de crueldad y de error que habían de combatir á la Iglesia, bajo aquellas figuras y visiones proféticas que les fueron reveladas por el Espíritu Santo.

P. ¿Fué duradera la unión entre los dos emperadores Constantino y Licinio?

R. No, que á poco tiempo rompieron entre sí y acudieron á las armas. Antes de esto movió la guerra Maximino Daya; pero vencido cerca de Heraclea fué á morir en Nicomedia. Como Licinio había vuelto al sostenimiento de la idolatría, había reunido un ejército de soldados idólatras, y llevaba en él adivinos y sacrificadores. Constantino marchó en su busca, y al frente de sus tropas llevaba el Lábaro ó estandarte sagrado de que hablamos antes: presentó á Licinio la batalla y le venció; mas como aquel lograra rehacerse, Constantino le batió de nuevo y alcanzó sobre él una victoria completa. Licinio le pidió la vida, y se la concedió; pero maquinando de nuevo contra el Estado, fué condenado á muerte, y quedó Constantino dueño único y absoluto del imperio.

P. ¿Qué estado guardaban las cosas propiamente religiosas y eclesiásticas por aquella época?

R. La religión iba en aumento y cada día lograba nuevas conquistas. Como el imperio era ya hijo de la Iglesia, y los cristianos no olvidaban que los mismos que forman el imperio, forman la Iglesia, se dió entre el uno y la otra aquella unión vigorosa que hace que se sostengan mutuamente ambas potestades, sirviendo cada una de apoyo y sostén á la otra. En fé de esta unión, Constantino hizo grandes cosas en favor de la Iglesia: le concedió indemnizaciones: otorgó privilegios á los clérigos: cedió al Papa el palacio de Letran: edificó la Basílica que lleva su nombre: echó los cimientos de la de los Santos Apóstoles, y prohibió el suplicio de la cruz, quedando con esto proscrita la idolatría por leyes del Estado.

El Papa San Silvestre dictó constituciones muy útiles á la dignidad del culto y al decoro del clero, tales como las

que miraban al socorro de los clérigos pobres y de las sagradas vírgenes: á la asignacion de los tiempos y de las edades en que hubiesen de recibirse los órdenes sagrados, y el ejercicio de estos en la Iglesia antes de subir á un orden mas alto: que los clérigos no fuesen juzgados ante los tribunales profanos: que la consagracion del sagrado crisma se hiciese solamente por los obispos: que el sacrificio del altar se hiciese únicamente sobre velo de lino. Estos y otros decretos no menos importantes, y la confirmacion de los dos grandes concilios de Nicea y de Roma en que fué condenado el heresiarca Arrio y sostenido brillantemente el dogma católico, así como fueron de suma utilidad á la Iglesia, dieron grande crédito al Papa San Silvestre, y lo hicieron el hombre de la Iglesia, como Constantino lo era del estado. Sin embargo, como el cuerpo de la Iglesia habia de tener una vida semejante á la de su cabeza Jesucristo, y la de este Señor siempre fué de contradicciones y persecucion continua, sufrió por este tiempo la Iglesia la de los donatistas, y á poco mas la de los arrianos, que fué mas dilatada y causó en el mundo grandes agitaciones.

P. ¿Cuál fué el principio que tuvieron una y otra herejía?

R. La ambicion fué la que movió y precipitó á sus patriarcas. Donato se movia por la envidia que á él y á otros presbíteros inquietos causaba la eleccion de Ceciliano por obispo de Cartago, y causó grandes disturbios en aquella Iglesia y en otras de Africa. Arrio, tambien presbítero de la Iglesia de Alejandría, estaba poseido de una ambicion violenta: aspiraba al obispado, y su orgullo se resintió de que Alejandro le fuese preferido. Agitado en extremo de ese resentimiento, trataba frecuentemente de

sorprender á Alejandro en su doctrina; y el calor de la disputa, y el arrebató de su alma altiva, le hicieron caer á él mismo en un gravísimo error acerca del misterio de la Trinidad. Consistia el error en negar la *consustancialidad* del Hijo de Dios con su Padre celestial; y tanto se obstinó en él, que lejos de llamarse con las amonestaciones del obispo Alejandro, ni con la excomunion que luego fué fulminada contra él y sus secuaces, continuaba difundiendo su herejía, y trayendo en pos de sí gran número de secuaces ó prosélitos, con los que al fin llegó á conmover toda la Iglesia.

Excomulgado Arrio se pudo bien pensar que aterrado con esta pena tremenda se humillara y abjurara su error; mas no fué así, porque como era tanta su soberbia, el anatema lo irritó hasta el último extremo, y no pensó ya mas que en vengarse con difundir mas y mas sus errores y procurar que creciera y se robusteciera su partido, en que desgraciadamente habian entrado varias personas eclesiásticas y aun algunos obispos.

P. ¿Cómo procuró la Iglesia refutar la herejía de Arrio y reprimir sus avances?

R. Congregándose en concilio ecuménico (esto es, universal) que se reunió en la ciudad de Nicea por decreto de Constantino, de acuerdo con el Papa San Silvestre, quien envió á él sus legados. El número de obispos que asistieron al concilio fué de trescientos diez y ocho, siendo tambien muy crecido el de presbíteros, diáconos y otros ministros. El emperador, vestido de púrpura y cubierto de oro y pedrería, concurrió tambien. Luego que los padres vieron entrar á Constantino manifestaron la satisfaccion que en ello recibian, y Eustatio, obispo de Antio-

quía, le dirigió la palabra, dándole las gracias á nombre del concilio, á que contestó mostrando el placer que le causaba ver reunidos á los prelados de la Iglesia para tan interesante objeto.

Abrióse luego la sesion, y se entró en la discusion, que fué larga y empeñosa: dilucidóse el punto de la cuestion á tal grado, que no pudo dejar de conocerse el error de Arrio, y de aparecer luminosa y triunfante la verdad católica y dogma sagrado de la *consustancialidad* del Hijo de Dios con su Padre celestial. Adoptóse, pues, la palabra consustancial y se puso en el símbolo de fé que compuso un obispo, y que aprobaron y firmaron todos los padres del concilio, menos Tionó y Segundo, los cuales fueron luego condenados y anatematizados con el heresiarca Arrio.

P. ¿Qué otros puntos importantes decidió este concilio?

R. Fijó la celebracion de la fiesta de pascua al domingo siguiente al plenilunio mas próximo al equinoccio de la primavera: condenó los errores de Melecio, y dictó varios cánones sobre cosas pertenecientes á la disciplina. El concilio se cerró en veinticinco de Agosto de trescientos veinticinco, y sus actas fueron aprobadas y confirmadas por el Papa San Silvestre.

P. ¿Se aniquiló con esto la heregía de Arrio?

R. Era preciso que el error cayese, condenado por la Iglesia universal; pero mas adelante las sugestiones del demonio dieron nuevas fuerzas á esta fiera devastadora, y continuó por mucho tiempo haciendo grandes estragos en la Iglesia.

P. ¿A qué empresa se dedicó Constantino despues que se hubo cerrado el concilio de Nicea?

R. Habiendo obsequiado á los obispos, haciéndoles magníficos presentes y tratándolos con mucha distincion, pensó en edificar otra capital para el imperio, y que se levantase en el sitio en que existió la antigua Troya, si bien despues desistió de la eleccion de este sitio y escogió el de la antigua Bizancio, donde en efecto se echaron los cimientos y se procedió á la fábrica, en que se trabajó con la mayor solicitud y sin perdonarse gasto para que la nueva capital sobrepujase en grandeza y belleza á la misma Roma.

La dedicacion se hizo el dia 11 de Mayo de 390, á los mil ochenta años de la fundacion de Roma; años antes de que estuviese concluida el emperador se trasladó á ella con toda su corte y con cuanto constituia el gobierno del imperio. Constantino dió á la ciudad su nombre, que por él es llamada *Constantinopla*: su iglesia principal fué dedicada á la Eterna Sabiduría bajo la advccacion de Santa Sofía. Constantino escribió á Eusebio pidiéndole cincuenta ejemplares de las Sagradas Escrituras, trasladadas con el mayor esmero por los mejores copiantes.

P. ¿Qué consuelo tuvo la Iglesia universal á poco tiempo de convertido Constantino?

R. El de que á diligencias de Santa Helena, madre de Constantino, se hubiese hallado la sacrosanta cruz en que murió nuestro divino redentor Jesucristo; y los prodigios que Dios obró por ella, dieron prueba de ser la verdadera.

P. ¿Cuántos años ocupó la silla pontificia el Papa San Silvestre?

R. Veintidos, y murió á fines del 335 ó principios del